

Secretaría de Prensa

**DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,**  
**D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN LA XII CONFERENCIA**  
**INTERNACIONAL DE LA FAO PARA AMERICA LATINA**

SANTIAGO, 9 de Julio de 1990.

Señor Director General de la FAO  
Señores Embajadores y Miembros del Cuerpo Diplomático  
Señores Ministros y Subsecretarios  
Señores Jefes de delegaciones  
Autoridades

Señoras y Señores:

En nombre del gobierno y del pueblo de Chile, me es grato expresarles el más cordial saludo y la calurosa bienvenida a nuestra patria en esta ceremonia inaugural de la Vigésimo primera Conferencia Regional, de la FAO para América Latina y el Caribe.

Acogemos este evento como un importante respaldo al proceso de reinserción de Chile en el cuadro internacional, que constituye uno de los objetivos prioritarios de nuestro gobierno.

Agradezco, Señor Director General, sus generosas expresiones sobre nuestro país y sus deseos de éxito en la tarea de democratización en que estamos empeñados. Entendemos este proceso no sólo en la perspectiva del interés nacional, sino también como parte de las grandes transformaciones que está viviendo el mundo entero hacia nuevos espacios de libertad y paz.

Comprendemos que esta evolución es una tarea de todas las naciones, de la cual ningún país debe marginarse ni ser marginado, y en la cual son indispensables las instancias de encuentro y

coordinación a nivel internacional. Mi gobierno respalda el rol importantísimo que en esta búsqueda debe jugar el sistema multilateral de las Naciones Unidas, y en particular, la FAO.

Conocemos las valiosas contribuciones realizadas por esta Organización a lo largo de su historia, en su infatigable lucha por poner fin a los flagelos del hambre, la mal nutrición y la pobreza. La FAO tiene a su haber una trayectoria notable de intervenciones en favor de las naciones del Tercer Mundo, a través de la información que provee a los países, las medidas de urgencia que adopta para ayudarlos a enfrentar los períodos de crisis alimentarias y los proyectos mediante los cuales entrega su valioso apoyo técnico a los pueblos en vías de desarrollo. Es esta una ocasión propicia para expresarle formalmente nuestro reconocimiento por tan importante labor.

Chile tiene el alto honor de haber acogido a la Sede Regional de la Organización desde el establecimiento de la Oficina Regional de la FAO para América Latina y el Caribe, en los años 50. Ello ha permitido mantener fecundas relaciones entre la Organización y nuestro país, que se han concretado en múltiples acciones de mutuo beneficio. Por lo mismo, quiero garantizarle, Señor Director, que continuaremos brindando nuestro apoyo a la FAO, a su dirección y a su oficina en Chile, para el cumplimiento de su tarea.

Esta vigésimo primera Conferencia Regional se realiza en momentos de grandes cambios, caracterizados por el desmoronamiento de la concepción de un mundo bipolar y la valorización creciente de las más diversas expresiones sociales que, aunque con visiones fragmentarias del desarrollo de la humanidad, han tenido el mérito de orientar hacia un desarrollo más tolerante, universal, de diálogo y participación. Desde otro punto de vista, esta Conferencia se realiza en un período difícil para los países de América Latina y el Caribe, que aún enfrentan graves problemas tales como la superación del endeudamiento, el restablecimiento de los flujos financieros, el combate a la inflación y, en general, el logro de un desarrollo económico sostenido con grados crecientes de justicia social.

El crecimiento económico y la equidad, así como la consolidación y profundización de los sistemas democráticos, son los grandes desafíos para el futuro de la región. En esta perspectiva, adquiere especial relevancia el examen del rol que debe jugar el sector rural en la definición de nuevos estilos de desarrollo para América Latina y el Caribe.

Ha transcurrido ya un cuarto de siglo desde la última oportunidad en que la Conferencia Regional de la FAO se reunió en Chile, en su VIII sesión, en 1965. Desde entonces hasta ahora se han producido en todo el mundo profundos cambios en lo político, en el campo tecnológico, en las relaciones sociales y económicas y en el acontecer cultural.

En este lapso, la población mundial ha aumentado de 3.300 millones de habitantes a casi 5.500 millones, y en América Latina y el Caribe lo ha hecho aún en forma más acelerada, desde 249 millones de habitantes a casi 450 millones.

Dicho crecimiento demográfico ha generado una presión creciente sobre los recursos naturales que alimentan a los hombres, como también sobre otros bienes básicos para el bienestar general. Esta presión sobre la tierra, los bosques, el mar, las aguas e incluso sobre el aire que respiramos, ha sido determinante de la actual preocupación por el buen manejo de los ecosistemas, en cuya preservación en lo inmediato se está jugando el destino de muchas generaciones en el futuro.

En América Latina y el Caribe esta situación se ve aún más exacerbada por la migración acelerada de quienes no tienen modo de sobrevivir dignamente en el sector rural y vuelven su esperanza hacia lo urbano, en cuyas grandes concentraciones no son satisfechas esas esperanzas, enfrentándose a menudo al desempleo y a niveles de ingresos tan magros como los que tenían antes.

Las restricciones internas y externas que han golpeado las economías de América Latina y el Caribe en la última década y las medidas de ajuste a que han obligado, han llevado en muchos casos a ampliar la brecha entre el nivel de vida de los más ricos y los más pobres. Aparte de su injusticia, este fenómeno crea tensiones que dificultan el desarrollo y hacen peligrar la paz social y la estabilidad política.

En estos mismos años y a pesar de verse afectados por dichos factores de crisis económica, los sectores agrícola, forestal y pesquero han mostrado una vitalidad para muchos desconocida o sorprendente. Esta se ha manifestado tanto en la capacidad de aumentar la oferta de productos tradicionales, a costos competitivos en mercados deprimidos o injustamente discriminados, como en la generación de nuevos productos, fruto de nuevas tecnologías y formas de aprovechar recursos. Ello ha permitido, al menos en parte, paliar los efectos de la crisis.

Los países de América Latina y el Caribe ven con preocupación que, ante los ingentes esfuerzos por equilibrar sus economías y las presiones y exigencias por abrir sus mercados, algunos centros desarrollados se oponen tenazmente a abrir su comercio agrícola, lo que termina lesionando seriamente los intereses de los países de la región.

El gobierno de Chile apoyará, con todos los esfuerzos que estén a su alcance, las iniciativas tendientes a estructurar mercados internacionales abiertos y leales. De la misma forma, seremos rigurosos para denunciar todos aquellos mecanismos utilizados en contra de un mercado transparente y que sean lesivos para nuestras naciones. Creyendo interpretar el sentir de los países de la región, atribuyo principal relevancia a los resultados que se logren en las negociaciones multilaterales del GATT en la Ronda Uruguay. Confío en que esta preocupación, condicionante del futuro económico de la región, será compartida en las discusiones de esta Conferencia, así como en las sucesivas deliberaciones y acciones que le sigan.

Permítanme ahora referirme en particular al caso de Chile, país en el cual estos 25 años también han traído profundas transformaciones y que hoy, al reiniciar el proceso democrático, creemos necesario destacar.

Partiendo de los cambios estructurales de los años 60 y pasando por los ajustes de alto costo social realizados durante el pasado gobierno, podemos exhibir importantes progresos y, a la vez, problemas inquietantes.

Chile ha experimentado progresos notables en los sectores agropecuario, pesquero y forestal; pero ese desarrollo no ha sido equilibrado. Paralelamente a explotaciones modernas, con fuertes inversiones y avanzada tecnología, que hacen aportes importantes y crecientes a las exportaciones del país, subsisten otras que permanecen al margen del crecimiento y la modernización, generalmente en manos de pequeños propietarios, productores indígenas y pescadores artesanales.

Esta realidad exige al país un serio esfuerzo para procurar que el crecimiento productivo, además de mantenerse alto y sostenido, se expanda adecuadamente entre las distintas regiones del país, lo que hace indispensable privilegiar de algún modo eficaz a los pequeños y medianos productores y a las comunas que se encuentran en condiciones más desmedradas.

La reconstrucción de nuestra convivencia democrática es una tarea colectiva que exige la participación de todos los sectores sociales, especialmente de quienes han padecido con mayor crudeza la marginación de la vida política, económica y social del país. En este sentido, es prioritario terminar con la discriminación de que ha sido objeto el sector rural frente al urbano, disponiendo las bases para que la población rural tenga acceso a los bienes y servicios necesarios para llevar una vida digna y que, de una vez por todas, se reconozca el aporte real del trabajo y cultura de hombres y mujeres del campo en el progreso económico y social del país.

Para ello será necesario promover y estimular la reconstrucción del tejido social en las zonas rurales, creando expresiones jurídicas e instrumentos institucionales que den la oportunidad a sindicatos, asociaciones de pequeños productores, cooperativas y otras formas de organización de la población rural para constituirse y desarrollarse.

Es de suma importancia que el desarrollo rural sea entendido como un crecimiento que asegure la satisfacción continua de necesidades humanas para las generaciones presentes y futuras. El problema ambiental de la agricultura chilena, traducido principalmente en enormes zonas desertificadas y erosionadas, desequilibrio hidrológico de cuencas e inundaciones, contaminación de alimentos, aguas y suelos por uso indebido de agroquímicos, pérdida de recursos genéticos vegetales y animales, entre otros, nos obliga a reorientar las modalidades de desarrollo agrícola y rural hacia formas sostenibles, teniendo presente, además, que gran parte de los problemas de las metrópolis tienen su origen en la falta de atención o la inadecuada forma en que se abordan los problemas del campo. Especial importancia adquiere esta perspectiva de desarrollo para el campesinado, el cual, por razones de marginalidad, fragilidad de los ecosistemas que ocupa y costos de producción, tiene en las propuestas agroecológicas una de las posibilidades reales de prosperar.

En otro orden de ideas, nos preocupa la necesidad de perfeccionar los sistemas de sanidad vegetal y animal, tanto para erradicar pestes y enfermedades que menoscaben la producción, cuanto para eliminar los efectos nocivos de su inadecuada aplicación. Igualmente, estamos abocados a la tarea de diseñar políticas que permitan racionalizar la explotación de nuestros recursos marítimos, compatibilizando su óptimo aprovechamiento con la exigencia ineludible de preservar su subsistencia. También en

el ámbito de las actividades forestales, necesitamos perfeccionar las políticas de defensa del patrimonio forestal y de protección y fomento a las nuevas plantaciones, incluyendo en forma eficiente las especies nativas.

Finalmente, creo oportuna esta ocasión para recordar el debate de la Conferencia Mundial de Reforma Agraria y Desarrollo Rural realizada en Roma en 1979 y, compartiendo las tesis allí planteadas por la inmensa mayoría de los países del mundo, adherir al programa de acción y declaración de principios que ahí se aprobaron. Al hacerlo, quiero anunciar que el Gobierno de Chile deja sin efecto en este momento sus reservas a dicho Programa de Acción y Declaración de Principios y hace suya lo que el Director General de la FAO ha llamado la "Carta del Campesino". Reconocemos que el objetivo fundamental del desarrollo rural es la búsqueda permanente de la transformación de la vida y las actividades del campo en los aspectos económicos, sociales, culturales, institucionales, ambientales y humanos, todo ello orientado al crecimiento con equidad y con participación activa de toda la población rural.

Consecuente con estos criterios, mi gobierno quiere incorporar de manera efectiva al desarrollo agrícola y rural de nuestro país a aquellos segmentos de la sociedad que durante largos años han estado marginados. Queremos un país en el cual empresarios, técnicos, profesionales, campesinos, trabajadores, mujeres y jóvenes trabajen conjuntamente para lograr un equilibrio entre progreso económico, justicia social y estabilidad política.

Creo firmemente que a pesar de que la década pasada fue tan difícil para nuestros países, contribuyó a entender que América Latina y el Caribe no tendrán desarrollo ni modernización continua, si no existen estrategias de cooperación que permitan enfrentar solidariamente los problemas comunes. Es en esta perspectiva que el tema de la integración de los países que conforman la región de América Latina y el Caribe adquiere una urgencia impostergable. Acorde con este criterio, hago votos para que, en estos importantes foros regionales, seamos capaces de asumir decisiones que abran cauces efectivos a la concertación regional y al fortalecimiento de la cooperación internacional.

Al iniciar esta Conferencia, reciban ustedes el cálido aliento del país que los acoge y de su gobierno, para que vuestros trabajos logren los mejores frutos. Estoy seguro que la experiencia y lucidez de los participantes aquí reunidos son una garantía para que los resultados de estos días de deliberaciones

sean del mejor provecho y de la mejor relevancia, en el esfuerzo de pasar a una nueva etapa de desarrollo y prosperidad para la agricultura, las zonas rurales y todos los que pueblan la región de América Latina y el Caribe.

\* \* \* \* \*

SANTIAGO, 9 de Julio de 1990.

MLS/EMS.